

El peligro reaccionario en la Revolución

Interviniendo diversas corrientes en la Revolución, si no actúan sobre una base común de objetivos y realizaciones, se hace forzoso para nosotros situar nuestra propia actividad, de manera que las transformaciones que se producen se acerquen lo más posible a la finalidad libertaria que nos inspira.

Esta actuación debe desenvolverse en un medio ambiente cuyas realidades es indispensable tener presente. Las complicaciones de una participación simultánea en la guerra y en la reconstrucción económica, imponen una clara visión de conjunto, exigiendo la adopción de un rumbo eficaz, en torno al cual vayamos consolidando posiciones revolucionarias.

El peligro mayor en las grandes revoluciones, cuando se está en condiciones de dar un impulso al proceso transformador, es no centrar la actividad en una labor básica, en una obra fundamental que oriente al pueblo hacia la conquista integral de su libertad.

En la Revolución española, iniciada y desarrollada por el proletariado, a pesar de las dificultades de nuestra lucha, surgió la fórmula básica, como lógica consecuencia de la conformación de ese mismo proletariado. En sus organizaciones sindicales, multiplicadas en poderío una vez derrotado el fascismo en su intentona de julio, está la clave de una positiva modificación en las instituciones y de una defensa inexpugnable de las conquistas y aspiraciones revolucionarias de los trabajadores.

Entre los diferentes sectores en que se divide ideológicamente el proletariado, esta fórmula es aceptada, si bien las proposiciones del anarquismo, que han fijado las funciones constructivas de los Sindicatos y señalado también la posibilidad de una convivencia fraternal y solidaria entre las diferentes regiones si se aceptaba el respeto a la voluntad libremente expresada del proletariado, si bien estas proposiciones, repetimos, no han sido respondidas concretamente.

Nosotros, como anarquistas, no podemos aceptar una trayectoria estatal de la Revolución. No hay en

esto una intransigencia sectaria que responde a un tradicionalismo alejado de la realidad social. Por el contrario, todas las experiencias económicas y políticas, desde los tiempos de las primeras polémicas entre Marx y Bakunin, nos han confirmado en la convicción antistatista, y tenemos la seguridad absoluta de que al Estado, esté quien esté al frente de su aparato de gobierno, no puede pedírsele que desempeñe una función socialista verdadera, por cuanto su esencia es su negación, y más que nada, porque existen formas superiores de organización, que por primera vez en la historia, entregan a los productores mismos la gestión económica, la administración y la distribución del trabajo y de los productos.

Hicemos esta afirmación, mientras estamos participando en el gobierno municipal, regional y nacional. La haremos cuantas veces sean necesarias para destruir el equívoco que algunos se obstinan en mantener, sobre todo con vistas al desprestigio de las ideas anarquistas. Porque se ha hecho de una medida circunstancial impuesta por la guerra, que puede o no ser sostenida, de acuerdo al desarrollo de los acontecimientos, hasta que finalice nuestra lucha, un arma «objetiva» para señalar ante el mundo el fracaso del anarquismo, que siendo en todos los tiempos enemigo acérrimo del Poder, se encuentra ante una realidad que hace virar en redondo sus tácticas hasta llevarlo a dirigir instituciones políticas, a las que, técnicamente, condenó a desaparecer con la Revolución.

Los anarquistas que ocupan cargos oficiales, respondiendo a mandatos de sus organizaciones y nunca a un criterio individual, no dicen a nadie, y si lo dicen están al margen de los acuerdos tomados por la C. N. T. y la F. A. I., que habrá que desarrollar la Revolución — hasta la desaparición de las clases, según la tesis marxista — participando del poder y aprovechando de sus instrumentos para hacer las transformaciones sociales y defenderlas contra la contrarrevolución. Por el contrario, reafirman que el Estado, que subsiste por causas ajenas a la voluntad del anarquismo, que cuenta

con su colaboración por imperio exclusivo de la guerra, no puede invadir la esfera, revolucionaria por excelencia, de la directa acción revolucionaria del proletariado. Y asignan a los Sindicatos, que agrupan a los productores de todas las especialidades del campo y de la ciudad, la función esencial de reconstruir la economía y de establecer las bases del nuevo orden social.

Y porque estamos convencidos de que la Revolución muere si se entrega al mandato omnipotente del Estado, porque desemboca en una dictadura política y económica que maniat a los trabajadores, decimos que el mayor peligro para la Revolución es que los mismos trabajadores — de todas las tendencias socialistas — no se den perfecta cuenta de que la fórmula que puede unirlos a todos y evitar la lucha fratricida es, precisamente, la que reconoce al proletariado el derecho de determinar cómo ha de vivir ahora y después de barrer de España al fascismo.

Análisis cualquier aspecto de la actualidad revolucionaria, tómese cualquier problema económico, y se verá que todo está entroncado a una única solución, porque la división política lleva al planteamiento de la misma cuestión: si el proletariado es o no quien debe dirigir la lucha y la transformación revolucionaria. Si se reconoce beligerancia a elementos indefinidos, a los partidos políticos defensores de la burguesía, a las capas pequeño-burguesas que especulan con la situación, si no se fija en términos claros qué es esta Revolución y hacia dónde se dirige el pueblo español, se estanca en sus comienzos la obra revolucionaria, surgen mil problemas que atan de pies y manos al proletariado, nacen obstáculos creados artificialmente por los enemigos de la Revolución, y el caos amenaza destruir no sólo el espíritu creador de las masas laboriosas hechas dueñas de sus destinos, sino las conquistas logradas en el primer impulso revolucionario.

En el orden económico no puede haber soluciones intermedias. Se deja en pie privilegios económicos o se

socializa. En el orden político, hay que definirse por la supervivencia de la máquina estatal con todos sus resortes coercitivos o por la acción directa del proletariado a través de sus organizaciones sindicales.

Para nosotros, la única solución aceptable por todos los trabajadores, es la que reconoce como órganos básicos de la Revolución a los Sindicatos.

Por eso dedicamos nuestras páginas a enfocar los problemas de la actividad constructiva de los organismos obreros. Creemos que las energías deben gastarse en forma que rindan resultados excelentes en lo que se refiere a afrontar las situaciones de la guerra, y afianzar, mediante nuevas realizaciones, la Revolución.

Cuando hablamos de los Sindicatos, de su estructuración por industrias, de su rápida federación regional y nacional, de sus cuerpos técnicos y administrativos, y cuando decimos que se debe ir socializando al máximo la producción y la distribución, nos dirigimos por igual a los trabajadores de ambas centrales sindicales, porque estamos seguros que sólo quienes esperan dominar la situación a costa del sometimiento del pueblo y de la división entre los proletarios, pueden rechazar la fórmula señalada de la gestión sindical en la Revolución.

Y el peligro contrarrevolucionario, que asoma en forma sistemática en España, con más brío cuanto más se acercan nuestras armas a la anhelada victoria, que se agiganta por la nefasta acción política de los aspirantes a dictadores, debe ponernos a todos en posición de alerta, haciendo multiplicarnos en rapidez e intensidad en el trabajo de sindicalizar las industrias, de sellar la unidad revolucionaria del proletariado, de dar a los Sindicatos la máxima potencialidad, haciendo que ninguna maniobra ni tralicón los encuentre desprevenidos, y tengan plena capacidad para poner en marcha la economía toda, desvalorizando así, por superfluo, al mecanismo estatal.

El campo, y sus problemas

A través de los tiempos y de las épocas de lucha que se han venido sucediendo en el transcurso de la Historia, hemos podido comprender la importancia tan grande que tiene el factor económico.

Esta arma, esgrimida con habilidad y certeza, era la que asestaba por su sola potencia el golpe definitivo a las esperanzas e ilusiones que albergaba, con relación a la lucha, el contrincante.

Nos encontramos en España con un movimiento de gran envergadura. La economía capitalista, basada en miseria y desigualdad humana, está siendo derrotada por las armas de la libertad. La avaricia y la rapiña están haciendo estragos. Por doquier hay ruinas, miseria, desolación, tristeza en los campos, que están enlutados por el crimen que se cometió en los olivares, que constituían el pan de muchos trabajadores y una riqueza inmensa para el patrimonio del pueblo y fueron exterminados por el fuego destructor del fascismo. Todo huele a tragedia. Esta situación calamitosa creada por la reacción en su loco intento de dominación, pide urgentemente como remedio o calmante a tantos males, el resurgimiento de una nueva economía que comience a cubrir las más perentorias necesidades del momento revolucionario.

Para conseguir el abastecimiento de todos los pueblos que están bajo nuestro lema de Libertad, es necesario que todas las fuerzas productoras rindan su máximo esfuerzo, para que en la retaguardia tengamos una sólida economía, salvaguardadora fiel de los intereses del pueblo trabajador.

Pero no solamente hay que dejarlo todo al esfuerzo del voluntarioso campesino, para que nutra y mantenga debidamente a la economía actual. Y nos referimos al campo porque es el pilar más importante de la sostenibilidad económica.

Para que el campesino haga una superproducción es necesario proveerle de lo más indispensable: herramientas. Todas ellas que contengan las perfecciones de la técnica moderna, como son los tractores, trilladoras y tantas otras que, acondicionándose al trabajo que realizan, le reporte a los campesinos una más fácil manera de trabajar. Hay que facilitar al campesino toda clase de abonos para que las plantas germinen con fuerza o efectúen los cambios a que tienen que estar sometidas para el mayor rendimiento fructífero, en bien de la causa del pueblo.

Existe también en el campo otro problema, que es el más importante de todos los que existen y que es de vital importancia para la economía campesina: el agua. Problema éste muy discutido y zarandeado por los gobiernos y las políticas de todas las especies y exigido con tesón y firmeza por el trabajador campesino.

Actualmente existen tierras sin cultivar, que no recibieron las fértiles caricias del agua y que, al no producir ni compensar en nada el esfuerzo que el trabajador había efectuado, emigraban de ellas sus moradores en busca de tierras que abrieran amplio cauce a las exigencias de la vida y sus necesidades. Hay otras tierras que, después de ago-



¡Prosigue la ayuda a las colectividades campesinas!

tar, y absorber las fuerzas del campesino con el trabajo continuo de arreglar las brusquedades del indómito terreno, el fruto de este esfuerzo está pendiente de las veces que la lluvia se muestra benévola y dé a beber a aquellas sedientas plantas de su licor tan fecundo. Si es así, una espléndida cosecha coronará el esfuerzo del campesino. De lo contrario, la miseria golpeará y se hará dueña del terreno y del hogar. Se precisa, pues, acometer con rapidez la realización de obras de canalización y riego, si queremos ver en el campo la garantía máxima de la Revolución.

Hay pueblos que recuerdan el suplicio de Tántalo. Ven correr a corta distancia de ellos al caudaloso río que trae consigo la riqueza a los campos, el verdor lozano a las plantas, la vida con toda su belleza. Es el líquido que convierte la miseria en bienestar, la desolación y la tristeza en alegría. Ven correr la vida a sus pies y por carecer de medios económicos tienen que probar el gusto amargo de la miseria.

Tengamos presente que el campo es el arma que hará triunfadoras a la guerra y a la Revolución. Sepamos también que el campo rentístico es la eliminación total del hambre y de la miseria, tanto en la vanguardia como en la retaguardia. No olvidemos aquella frase que dice:

«No sólo ha de ganar la guerra quien posea más armas, sino quien tenga más trigo en los graneros».

Necesitamos para ello emprender obras de gran magnitud para engrandecer debidamente a la Revolución y a la clase proletaria.

¡¡Trabajadores!! ¡¡Atención, pues, al campo, que es nuestro salvavidas!!

SENTIS Y GONZÁLEZ.

LAS JUVENTUDES LIBERTARIAS VIVEN UN MOMENTO HISTÓRICO DECISIVO. ACTÚAN EN MEDIO DE REALIDADES COMPLEJAS. HAN DE DAR SOLUCIONES A PROBLEMAS IMPREVISTOS. DEBEN MARCHAR A LOS FRENTE Y HACER LABOR INTENSA PARA QUE EL EJÉRCITO DEL PUEBLO SIRVA AL PUEBLO Y A SU REVOLUCIÓN. DEBEN ESTAR EN LA RETAGUARDIA Y ADIESTRAR A LOS JÓVENES PARA LA LUCHA. DEBEN SIEMPRE HACER PROPAGANDA Y MÁS PROPAGANDA DE IDEAS, PARA QUE SE SUMEN A SUS CUADROS NUEVOS VALORES Y SE PERFECCIONEN EN SU SENO LOS QUE SERÁN MILITANTES RESPONSABLES DE NUESTRAS ORGANIZACIONES ESPECÍFICA Y CONFEDERAL.

LOS SINDICATOS

LA OBRA SÓLIDA DE RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA, A PESAR DE LAS FALLAS HABIDAS, LA HAN REALIZADO LOS TRABAJADORES AL TOMAR EN SUS MANOS LA PRODUCCIÓN.

EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO, LOS SINDICATOS DEBEN CONSTITUIRSE DE ACUERDO A LAS RESOLUCIONES DEL CONGRESO Y PLENOS CONFEDERALES.

EN LOS SINDICATOS DE INDUSTRIA, ESTÁ LA BASE ORGÁNICA INDESTRUCTIBLE DE LA REVOLUCIÓN.

DESDE LOS SINDICATOS, IMPUSEMOS LA SOCIALIZACIÓN, QUE ES LA FÓRMULA ECONÓMICA QUE LA GUERRA EXIGE Y QUE LA MORAL REVOLUCIONARIA HACE INDISPENSABLE.

A LA SOCIALIZACIÓN

DESDE MADRID

Una tregua que termina en combate

Los periódicos de Madrid, dieron la noticia escuetamente. Como una cosa sin importancia. Inclusive el general Miaja al recibir a los periodistas habló del asunto superficialmente. «Una tregua que se le ha concedido al enemigo para que retirara sus cadáveres.» No obstante, los escasos compañeros que presenciamos la escena podemos decir que tuvo mucha importancia. Claro está que la mayoría de estas escenas de la guerra no las pueden comprender los correspondientes de guerra que trabajan en la fría mesa de mármol de un café céntrico de la heroica capital de la Revolución hispana, inventando una serie de batallas que sólo fueron realidad en la fantasía exótica de la forma de ver que tienen de la guerra.

Vamos cómo sucedió: nos encontramos en la Comandancia del Jefe del sector de El Pardo, cuando un compañero fué a avisarnos de que nuestros milicianos saltaban los parapetos sin fusil y conquistaban las posiciones contrarias, sin sufrir una sola baja. En realidad, en el primer instante creíamos que era una broma del camarada de referencia; empero la curiosidad puede más que otra cosa y nos dirigimos bromcando hacia el observatorio, siendo nuestro estupor mayúsculo al ver cómo nuestras milicias conquistaban las trincheras del cerro de la Ermita sin disparar un solo tiro. Como yo no he creído nunca en «milagros», pues he considerado que todos los hechos de la vida están relacionados unos con otros estrechamente y no puede haber una teoría secundaria sin la primaria, nos «largamos» hacia el lugar donde se desarrollaban tantas «anormalidades»...

La moto del enlace corría vertiginosamente a través de la carretera de La Coruña pasando el puente de San Fernando en medio de una nube de balas que las ametralladoras fascistas nos hacían regalo, y en unos minutos nos encontramos en las trincheras que ocupaban nuestros camaradas anarquistas. Simultáneamente, con el fusil ametralladora en la mano, el Comisario de la Brigada y yo saltamos el parapeto llegando a tal el estado de estupor nuestro cuando vimos que los legionarios y algunos «mojames» fraternizaban al parecer con los nuestros.

¿Qué había ocurrido? ¿Algo sensa-

cional? ¡Nada de eso! Que la noche anterior algunos milicianos estuvieron parlamentando con los fascios llegando al acuerdo de que en las primeras horas del día siguiente saldrían varios sin armas, tanto de sus líneas como de las nuestras, para retirar cada cual respectivamente sus cadáveres para darlos sepultura.

Varios diarios madrileños, haciendo volar su fantasía, escribieron espeluznantes artículos sobre la tregua dada al enemigo en el sector de El Pardo.

Algunos inclusive se permitieron decir que «un capitán de los del Tercio que estuvo conversando con ellos les hizo ciertas manifestaciones respecto a la guerra». Todo ello es completamente apócrifo, ya que en realidad no existió ningún capitán, porque sin duda de ninguna clase tendríamos que haberlo visto nosotros; con quien estuvimos hablando es con el teniente Martínez Ascaso, el cual nos manifestó era de la Organización Confederal de Madrid, extremo éste que más tarde pudimos comprobar la veracidad del mismo, y esperaba la ocasión para pasarse a nosotros. Seis soldados, aprovechándose de la oportunidad tan magnífica que se les presentaba, se pasaron a nuestras líneas, siendo recibidos por nuestros milicianos con los brazos abiertos.

Estas cosas, no pueden terminar nunca bien; los heroicos y decididos artilleros al servicio de la causa antifascista, como vienen gran movimiento de concentraciones en el campo rebelde, iniciaron un fuerte cañoneo que puso en dispersión a los contrarios que regresaron apresuradamente a sus bases.

Inmediatamente se generalizó un combate de gran envergadura que duró bastante tiempo.

Y al cerrar la noche oscura y tenebrosa de este mes de abril, el silencio era turbado como de costumbre:

— ¡Hijos de tall... ¡Hijos de cuall... ¡Vuestra madre sería muy buena, pero vosotros!...

Y todo un vocabulario de lo más escogido. ¡Así es la guerra!...

ÁNGEL VÁZQUEZ BARRANCO

Madrid, abril de 1937.